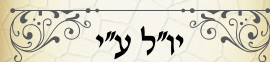


Parashat  
Vaikrá

• 24 •

ז' ניסן תשפ"ה

5785



קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הרה"צ

רבי גמליאל הכהן

רבינוביץ שליט"א

# טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכת

Tiv Hamaaréjet

## Un aroma grato

¿Quién creen que es más importante: alguien que tiene un solo *shékel* y dona la mitad a la *tzedaká*, o alguien que tiene diez mil *shekalim* y dona cinco mil? Por un lado, el que dona cinco mil *shekalim* está entregando una gran suma a la caridad, lo que sin duda es un mérito enorme. Pero, por otro lado, el pobre que da medio *shékel* está entregando la mitad de todo su patrimonio; al final, solo le queda medio *shékel*, mientras que al otro aún le quedan cinco mil.

A veces sentimos que queremos dar más: más *tzedaká*, más horas de estudio, más *tefilá*... Nos sentimos frustrados por no poder dar más, aunque en este momento no tengamos la capacidad de hacerlo. Pero ¿es esto correcto? ¿Realmente tenemos que dar más de lo que podemos? ¿Acaso eso es lo que se nos exige?

En nuestra *parashá*, que trata sobre los *korbanot* (sacrificios), se mencionan distintos tipos de ofrendas: el *korbán* de un animal grande, como un toro; el *korbán* de un ave, y el *korbán* más humilde, la *Minjá* (ofrenda de harina). En todos ellos aparece la expresión "un aroma grato". Nuestros Sabios aprenden de esto que "Puede haber uno que ofrece mucho y otro que ofrece poco, pero ambos son iguales, siempre y cuando toda su intención sea en honor del Cielo".

Asimismo, sobre el versículo "Los hijos de Aharón pondrán fuego sobre el Altar", explica Rashí: "Aunque el fuego descendía del cielo, había un precepto de traer fuego por mano humana". De aquí aprendemos que Hashem no exige de nosotros más de lo que nuestras fuerzas permiten. Más aún, Él no necesita nuestros "favores", pues Él es el Creador de todo, y para Él no hay diferencia entre medio *shékel* y cinco mil. Aunque "el fuego desciende del cielo", aun así "es precepto traerlo por mano humana".

¿Por qué? Porque, como dice el Tana: "Hashem quiso dar mérito a Israel, por eso les dio abundancia de Torá y *mitzvo*t".

Por lo tanto, no hay diferencia entre quien dona medio *shékel* y quien da una gran fortuna; la única diferencia radica en la intención del corazón. No se espera que la persona dé, rece o estudie más allá de su capacidad, sino solo aquello que pueda, siempre y cuando lo haga con sinceridad. Esto es lo que genera satisfacción en Hashem, y este es el significado de "un aroma grato para Hashem".

(Tiv Hatorá, Vaikrá)

## La grandeza de la cualidad de la humildad

"Y llamó a Moshé y habló Hashem con él desde la Tienda de Reunión, diciendo:" (Vaikrá 1:1)

Escribió el Báal Haturim: "En la Torá, la letra *álef* (א) en '*vaikrá*' (ויקרא) es pequeña, porque Moshé era grande y humilde; no quiso escribir sino '*vaikar*' (ויקר), como si *Hakadosh Baruj Hu* no le hubiera hablado sino en un sueño, tal como se dice de Bilam el malvado (*Bamidbar* 23:4), como si Hashem se le hubiera revelado solo de manera fortuita. Pero *Hakadosh Baruj Hu* le dijo que escribiera también la *álef*. Aun así, Moshé, debido a su inmensa humildad, pidió escribirla más pequeña que las demás letras *álef* de la Torá, y así lo hizo".

De aquí se desprende que la "*álef* pequeña" nos viene a enseñar la cualidad de la humildad. De Moshé, el pastor fiel, recibimos la raíz de la humildad en el mundo, pues él es quien influye a cada judío abundancia de humildad y anulación del ego. Porque "la manifestación de Moshé está presente en cada generación" (*Tikunim* 69, 112a), y una chispa del alma de Moshé Rabenu vive y perdura en el corazón de cada judío, como se explica en el libro *Tania* (vol. I, cap. 42 y 44; *Iguéret Hakódesh*, cap. 27).

En los libros sagrados se estudia de esa *álef* pequeña que, a pesar de ser la letra *álef* la primera letra de alfabeto hebreo y la que representa grandeza y liderazgo, lo principal de la vida es ser pequeño, enseñándonos así humildad y modestia de espíritu.

La definición más sencilla de humildad la da Rashí *Hakadosh*, quien la explica de la manera más cercana a la comprensión humana en su comentario al versículo (*Bamidbar* 12:3): "Y el hombre Moshé era muy humilde, más que cualquier otra persona sobre la faz de la tierra"; dice Rashí: "Humilde: modesto y paciente".

Quien es paciente y modesto nunca se enoja; domina su espíritu y su alma, y todas sus palabras, actos y acciones son con conocimiento, tranquilidad y buen corazón. Así nos enseñó el Rambán en su célebre carta a su hijo sobre la cualidad de la humildad: "Acostúmbrate a hablar siempre con suavidad, con toda persona y en todo momento; así te librarás de la ira, que es un rasgo negativo que hace pecar a las personas [...] Y cuando te libres de la ira, la humildad se asentará en tu corazón, y esta es la mejor de

todas las cualidades positivas”. Es encomendable estudiar bien la carta de Rambán, y dichoso aquel que camine por sus senderos.

### La humildad del gran Sabio Rabi David Jungreis

La extraordinaria humildad del renombrado *Gaón*, Rabenu Rabi David Jungreis, de bendita memoria, *Av Bet Din* (Jefel del Tribunal) de Jerusalem, era bien conocida. Se anulaba completamente ante cualquier persona, incluso ante los niños pequeños. Por su inmensa humildad, tenía gran temor al emitir fallos halájicos y siempre temía dictaminar en la práctica, a pesar de ser uno de los mayores *Posekim* (legisladores de la *Halajá*) de su generación. Era un ejemplo vivo y tangible para los habitantes de la elevada Jerusalem de lo que significa la humildad esplendorosa en un recipiente honorable.

Uno de los libros más destacados sobre la ira se llama *Séfer Érej Apaim*; lo escribió una persona que, por naturaleza, era iracunda, pero que había aprendido a dominar su carácter por completo. Este libro fue impreso hace aproximadamente cien años en Europa y desde entonces todas sus ediciones se habían agotado. En toda Jerusalem apenas quedaban unos pocos ejemplares. El *Gaón* Rabi David se dedicó con empeño a reeditararlo y volver a imprimirlo.

Cuando mi padre, Morenu Rabi Leví Hacohén –que tenga larga vida–, autor de *Maadané Hashulján*, le preguntó qué lo motivaba a involucrarse personalmente en la publicación de ese libro en particular, Rabi David le respondió:

“Mira, paso todo el día en la sala del *Beit Din* (pues era el *Rosh Beit Din* de la Edá Jaredit, el tribunal más prominente). En medio de discusiones difíciles y acaloradas, a veces podría surgir algún rastro de enojo o irritación, D-íos no lo quiera... Por eso necesito este libro y me esfuerzo en imprimirlo, para que me influya con la cualidad de la humildad y la paciencia...”.

Tal era su temor y su rechazo al enojo y a la irritabilidad en el más alto grado, a pesar de que él mismo era sumamente modesto.

Un episodio con él que vivencié en mi infancia está grabado en mi memoria. Un día surgió en nuestra casa una *sheelá* (pregunta halájica) sobre la *cashrut* de un ave que un *shojet* (degollador ritual) había faenado para nosotros. En aquellos días, antes de la era de los mataderos organizados y modernos como los actuales, cada familia tenía que encargarse de todo el proceso del ave: desde la *shejitá* (degollación) y la inspección hasta la salazón y la preparación.

Mi padre, el *Gaón*, me envió con el ave en la mano a la casa de Rabi David para que dictaminara sobre ella.

Cuando llegué, él examinó cuidadosamente el ave desde todos los ángulos y luego me dijo con cariño: “Mira, yo mismo no puedo dictaminar sobre esta pregunta... Vamos juntos al *Posek*, el *Gaón* Rabi Israel Yitzjak Reizman (quien en ese entonces era *Dayán* en la Edá Jaredit)”.

Antes de salir de casa, se detuvo por un momento y dijo: “Quizás el *Shulján Aruj* esté guardado en un estante alto en la casa del *Dayán*, y como él es una persona mayor, no sería adecuado molestarlo para que suba a buscarlo...”.

Entonces, Rabi David tomó con una mano el gran volumen de *Shulján Aruj*, *Yoré Deá*, que tenía en su casa, y con la otra me tomó de la mano, mientras yo sostenía firmemente el ave, con la mitzvá de honrar a los padres en mis manos.

Caminamos juntos por los callejones antiguos y sagrados de Jerusalem hasta que llegamos a la residencia del *Gaón* Rabi Israel Yitzjak. Allí, sentados juntos, los dos leones de la Torá debatían en el profundo análisis de la *Halajá*, con un amor y un respeto mutuo verdaderamente excepcionales. Mientras esclarecían las leyes y los diferentes enfoques entre estos dos grandes de la generación, surgió una pregunta

específica que requería ser consultada con el *shojet* (degollador ritual).

Entonces, oí a Rabi David decirle a Rabi Israel Yitzjak: “No se puede enviar al niño solo a la casa del *shojet*... aún es un niño... Iré yo mismo donde el *shojet* y esclareceré la situación con precisión, y en seguida regresaré con su respuesta para establecer un dictamen halájico”.

Rabi David se entregaba con total dedicación y fidelidad, sin escatimar esfuerzos ni molestias, por la pregunta que traía un niño pequeño... No le preocupaba su propio honor ni el esfuerzo que implicaba. Ni siquiera se le ocurrió la posibilidad de enviar la pregunta a Rabi Israel Yitzjak por medio de otra persona, o de enviar a buscar al *shojet* para que viniera a la casa del Rav. Sino que él mismo se levantó, actuó e hizo todo lo necesario, sin formalismos innecesarios y sin vacilaciones.

Permanecí perplejo a un lado, lleno de vergüenza por cuánto estábamos molestando al Rav solo por nuestro pollo... Pero, para mi gran fortuna, justo en el momento en que Rabi David se disponía a salir adonde el *shojet*, apareció de repente mi padre –que tenga larga vida– en la casa. Al ver que la hora se alargaba y que yo aún no había regresado a casa con el pollo, salió a buscarme hacia la casa de Rabi David, donde la esposa del Rav le dijo que él había salido junto con el niño a donde Rabi Israel Yitzjak. Así, por designio del Cielo, mi padre llegó justo cuando estábamos por salir de la casa. Por supuesto, mi padre entendió de inmediato toda la situación y arregló todo de la mejor manera posible para no molestar a los distinguidos rabinos.

¡Imagínense! Un gran Rav de Israel, un *Gaón* inmenso y extraordinario, ¡él mismo!, ni más ni menos, dedicando dos horas enteras de su tiempo a la pregunta de un niño pequeño... Y además de todo, no quería de ninguna manera emitir un dictamen él solo, confiando únicamente en su vasto y sagrado conocimiento... ¡Esto es verdadera grandeza!